Interludio
Silencio que mata

Lydia Cacho / cacholydia@yahoo.com

Hace unos días reencontré a una mujer que no veía hace tiempo. Su rostro alegre y la mirada brillante me dijeron de inmediato que, al menos por el momento, su salud le permitía salir y estar alegre. Pero no hizo falta sacar mis propias conclusiones, al preguntarle cómo estaba, después de un calurosísismo abrazo, ella respondió que muy bien, "me ha vuelto el brillo a los ojos", dijo emocionada, "me siento perfectamente, incluso mis pruebas de sangre ya no detectan el virus". Estábamos en un evento cultural, rodeadas de gente que hablaba de pintura, del clima y de los últimos chismes de Cancún. Yo debo confesar que tuve ganas de celebrar allí mismo, de golpear mi copa con un tenedor e interrumpir las conversaciones casuales y forzadas para decirle a la gente que nos rodeaba que mi amiga, quien el año pasado parecía que no podría sobrevivir por la gravedad de las enfermedades causadas por el sida, estaba allí, celebrando su vida como un milagro extraordinario. Pero no lo hice, eso se hace con alguien que sufre de cáncer, allí no hay estigma.

Mientras me contaba de su trabajo con personas enfermas de sida, la observé detenidamente. Su tez morena, su cuerpo delgado, vestida sencillamente, prácticamente sin maquillaje, y con el cabello recogido en un breve chongo. Nada queda, pensé, de aquella mujer de extraordinaria belleza que detenía el tráfico a su paso, la morena espigada de cuerpo escultural, con ojos de gitana, la que conocía y era reconocida por cualquiera que tuviese una vida nocturna alegre. Los hombres la deseaban con tan sólo mirarla, siempre arreglada, con una sensualidad fuera de lo común, una mujer que gozó la vida.

Un encuentro sexual cambió su vida. Nunca le he preguntado si sabe el nombre de quien le contagió. Poca gente de ese Cancún nocturno de antes, los ahora empresarios serios y hoteleros ejemplares, que convivían con ella en las pachangas la reconocería, muy pocos saben lo que vivió nuestra amiga en los últimos años, desde que se activó el virus en su cuerpo y se desataron las enfermedades del síndrome de inmunodeficiencia adquirida. Y muy pocos lo sabrán. A pesar de su fortaleza, de la entereza con que enfrenta el mundo y su situación actual, esta mujer cancunense no desea ser reconocida públicamente, sabe lo que un estigma puede hacer con ella, sabe que su amigo Ricardo en cuanto salió a la luz pública con su enfermedad y a raíz de ello con la conclusión generalizada de que es homosexual, perdió su trabajo como concierge en un hotel. Sabe, como lo dijo hace apenas unos días Peter Piot, director del programa de Naciones Unidas contra el SIDA, que no podemos combatir el SIDA sin combatir el estigma y la discriminación. Ante las y los delegados de los países reunidos esta semana en la conferencia de la ONU contra el racismo, Piot llamó a adoptar una legislación que ponga fin a la estigmatización de quienes viven con VIH- SIDA. ¿Le importará a nuestros legisladores?.

¿Por qué debe uno declararse enfermo, dijo Piot, si puede perder su casa, su trabajo, ser rechazada por su cónyuge o asesinada a pedradas en las zonas rurales? Si la gente se niega a ser examinada o a reconocer que tiene la enfermedad no puede recibir ayuda y continuará propagando el mal. Unos 36 millones de personas en todo el mundo están infectadas con el VIH. La mujer cancunense sabe lo que la discriminación significa, aunque antes jamás lo imaginó, siendo una empresaria exitosa, con dinero, amigos y fortuna. Aquí no hay moraleja, ni conclusión moralina. Hay mujeres y hombres que se contagian diariamente, que luego deben guardar silencio por miedo a ser despreciados por la sociedad. Hay un silencio que mata, y miles de personas silenciadas que mueren cada año, en muchas ocasiones sin conocer el nombre de quien cambió su vida para siempre.

Mario Palacios